



**JUNTA MAYOR  
DE COFRADÍAS Y HERMANDADES  
DE LA SEMANA SANTA  
DE LEÓN**

**PREGÓN  
DE LA SEMANA SANTA  
LEÓN 2010**

A cargo de  
**D. JORGE REVENGA SÁNCHEZ**  
Salón de Actos del Nuevo Recreo Industrial

León, 20 de Marzo de 2010



## ***D. Jorge Revenga Sánchez (León, 1963)***

---

Este leonés ejerce la profesión de abogado desde 1.987 y es profesor de la Escuela de Práctica Jurídica leonesa de la que es responsable del área de Derecho Civil.

Dedica muchas horas de su tiempo a la Semana Santa. Ha sido requerido en múltiples ocasiones en diversos medios de comunicación locales y nacionales para aportar su personal visión de la celebración primaveral.

Profundo conocedor de esta tradición, fue redactor de la memoria que sirvió para la concesión del Título de Interés Turístico Nacional para la Ronda y Procesión de los Pasos de la Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno de León de la que fue abad en el año 1999. Es hermano, además, de las Cofradías leonesas de Nuestra Señora de las Angustias y Soledad, Real de Minerva y Vera Cruz y Santísimo Cristo de la Expiración y del Silencio.

Colabora habitualmente en publicaciones cofrades de la ciudad y con Diario de León en temas de Semana Santa. Ha sido guionista de la película “Paso a Paso por León”, director de la cinta “El Encuentro” y ayudante de realización en varias retransmisiones televisivas de nuestras procesiones emitidas por TV Castilla y León. Con Televisión de León fue colaborador del programa “Pasión”. Ha proclamado diversos pregones de Semana Santa, y colabora habitualmente con la asociación “La Horqueta” en la génesis y organización de distintos actos de exaltación y divulgación de nuestra Semana Santa.

Es autor del Pregón a Caballo de las Siete Palabras (años 2007-2008) y del Pregón del Encuentro de la Hermandad de Jesús Divino Obrero con motivo del 50º aniversario del acto (2009), así como de la letra del Himno al Cristo del Perdón de la cofradía homónima. Ha sido nombrado mantenedor de la Ronda Lírico Pasional organizada por la Cofradía del Desenclavo para el año 2010 y que ha titulado “*Sueños de Piedra y Verso*”. Imparte charlas y conferencias sobre la celebración pa-

sional. Es autor del libro *“León: Una pasión por contar. Apuntes de un papón sobre la Semana Santa leonesa”*, e impulsor y coautor de la Colección *“Biblioteca Básica de la Semana Santa Leonesa”*, obras editadas por Diario de León en los años 2008 y 2009. En el año 2010 ha sido nombrado Pregonero de la Semana Santa Leonesa. En la actualidad se encuentra escribiendo un libro sobre la Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno con motivo del 400º aniversario de su fundación y que verá la luz, Dios mediante, en la primavera de 2011.

Jorge, que se encuentra muy cómodo en la poesía popular, es un apasionado de la Semana Santa y de sus sonidos, siendo varias las agrupaciones musicales que han pedido su colaboración en sus actos y conciertos.

JORGE REVENGA SÁNCHEZ

QUIZÁS SEAN  
DIEZ DÍAS...

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA

LEÓN 2010



¡Ay León ciudad callada  
que en primavera despierta  
entre inciensos y claveles,  
y entre lágrimas de cera!

Una procesión de sueños  
que buscan la luna llena  
en esa santa semana  
de emociones que revelan  
que por siempre un Cristo viejo,  
y una Madre en duerme-vela  
convertirán este pueblo  
en permanente saeta.

Un sombra del pasado  
con una túnica negra,  
llena las calles de incienso  
anunciando la tragedia.

Dos tambores destemplados  
y una mágica corneta  
nos llevan por esas calles  
cuando la ciudad despierta.

Viejo Reino de León,  
viejas calles y plazuelas:  
un rosario de emociones  
hace la ciudad eterna.

El corazón de León  
quiere seguir por la senda  
de una procesión de almas  
que golpean sus horquetas.

Busca la ciudad silente  
convertirse en nazarena  
y pujar muy dulcemente  
a una madre que ya sueña  
con los hombros leoneses  
que muy despacio rasean.

Ay mi querido León  
escucha siempre y recuerda  
que miles de penitentes  
convierten tu primavera  
en silencios permanentes,  
en juegos de mil baquetas,  
en procesiones de sueños,  
en canto hacia las estrellas,  
en sentida poesía  
aromada por las velas  
que quieren que la ciudad  
se convierta en saetera.

¡Ay León ciudad dormida,  
despiértate en Primavera!

Reverendísimo Sr. Obispo de la Diócesis de León, Ilmo. Sr. Alcalde, Dignísimas autoridades, Presidenta y Secretario de la Junta Mayor de la Semana Santa de León, Abades, Abadesas, Presidentes, Mayor-domo, Maestre y Hermanos Mayores de las cofradías penitenciales leonesas, leoneses y visitantes, papones de corazón, amigos:

Gracias por permitirme ocupar esta tribuna. Soy leonés y amo profundamente nuestra tierra. Y soy papón y estoy enamorado sin re-

medio de nuestra Semana Santa. Con esas dos condiciones, ya pueden imaginarse que subir a este estrado a pregonar la Semana Mayor de nuestra ciudad es el más alto honor que haya podido recibir.

Es probable, por esa razón, que la emoción me enturbie la palabra. Pido, por tanto, disculpas de antemano. No creo que la razón pueda en este caso sobre el corazón.

Aunque acaso sea ese el encargo recibido...

\*\*

Quizás sean diez días, sí. Solo un soplo en la vida. Únicamente una semana un poco más larga de lo habitual. O acaso, no. Probablemente para muchos sea sólo una luna llena más. La primera de primavera que en León apenas se percibe, como si el invierno, más perezoso que en otros lugares, no quisiera dejar paso a una nueva vida que cada año renace. Es probable, no obstante, que la Semana Santa no solo sea eso. Al fin y al cabo el tiempo es la medida más relativa de nuestra existencia.

Eso pensaba Andrés, quien en la segunda quincena de abril leía y releía las revistas de sus cofradías. Recortaba con mimo todas las noticias que la prensa había dedicado a su pasión. En su cabeza, por mucho que sus túnicas ya estuvieran escondidas en el altillo del armario ropero, bullían machaconamente solos de marchas y redobles, *Dolorosas, Lunas de Triana, Lirios de Esperanza* y otras.

Ordenaba concienzudamente su pequeño tesoro: llevaba muchos años guardando todo lo que la ciudad publicaba sobre su Semana Santa. No le importaba que su madre le increpara –con mal talante a veces– sobre dónde iba a guardar tanto papel inútil. Sobre la mesa, aún estaban las estampas que había logrado con su participación en las procesiones y acaso también otras que alguien le había tendido al paso del cortejo mientras él, desde las aceras, rendía su corazón a los pones. Miraba y remiraba las fotos hechas. Y evocaba cada momento, cada instante, cada olor, cada sonido, soñando quizás, en que cuando saliera otra vez a la calle, iba a ver una Cruz de Guía abriendo un cortejo imposible.

Hacía apenas dos semanas que había estado escondido en Herberos viendo pasar la procesión de la Dolorosa. Y recordaba –a nada que cerrara los ojos– el soñado sonido de dos bandas que se acercaban desde la lejanía. Y el repique arrebatado de dos campaniles para él adorados, Mercado y Carbajalas, que se empeñan año tras año en saludar a la Reina y en conseguir que los leoneses sepan que solo el Viernes de Dolores cumplen esa función diplomática.

Al ver la fotografía de una niña, vela en mano, siguiendo a la Dolorosa del Mercado, evocó aquélla tarde. Y de inmediato recordó a su abuela quien, muy de pequeño, le acercó otra tarde como ésa a Carbajalas y, sentados ambos en el último banco de la capilla, oyeron cómo las Benedictinas cantaban una salve a esa Señora de las Tristezas que pasea por León en primavera. Y le vino a la memoria lo fuerte que su abuela le apretaba la mano cuando traspasaron el portón el paso y los braceros. Y no supo explicarse por qué, en ese momento –como ahora– por sus mejillas resbaló una lágrima que no pudo atribuir a la tristeza.

Acaso sean diez días. Es probable.

Marta se afanaba en soñar con sus túnicas cuando por el Barrio del Ejido, los hermanos de Jesús Divino Obrero llevaban sobre sus hombros a su patrón. Reía para sus adentros cuando volvía a escuchar las cornetas, los tambores y las gaitas y, por mucho que los hermanos no fueran cubiertos, ella los miraba y los veía con sus túnicas blancas y sus capirotos morados, llevando sobre sus hombros a la Soledad. No importaba que no hiciera frío y que la luz de mayo no evocara la incipiente primavera sino más bien un atisbo de tímido verano. Cuando quiso despedirse de la Iglesia del Ejido, le vino a la memoria la tarde perezosa del sábado de pasión, cuando León se convierte en Triana y el incienso y la música con mayúscula toman las calles anunciando el paso del Cristo de la Esperanza. Recordó un rezo de vísperas muy quedo en el que el Cristo de la Redención se encontraba –ensoñado– esperando el beso de sus devotos. Y por mucho que fuera de día y que la luz del sol tiñera de un azul intenso el cielo leonés, a ella se le fue la imaginación hacia San Claudio y tuvo la sensación de estar acompañando un Vía Crucis nocturno que termina entre violines, llenando de

silencio y de nostalgia el templo leonés. Y se dejó llevar en ese sueño escuchando bulerías desgarradas que desde la lejanía le susurraron...

Los reyes isidorianos  
quieren salir a la calle  
a ver al Sacramentado  
al que le siguen dos Madres  
que aunque tristes, se emocionan  
con las voces celestiales  
de unas cornetas plateadas  
que tocan por soleares.

Cuando lleguen al Begoña  
entre ceras humeantes,  
muy cerca de ese rincón  
habrá rezos virginales  
pues las madres Carbajalas,  
nos recuerdan, Dios mediante,  
que la Cruz del Redentor  
tiñe un capillo de sangre.

Y soñaremos en breve  
con guiños de Soledades,  
con Vía Crucis silentes  
que hacia San Claudio se abren.  
Y allí con la noche encima,  
buscaremos los detalles  
en la memoria perdida  
de una misteriosa tarde  
de un sábado leonés,  
de una pasión perdurable,  
de emociones contenidas  
entre cantos y timbales  
y sabremos que esos reyes  
habrán estado en la calle...

Quizás sea una semana, sí. Por eso Carlos se movía como pez en el agua por las calles, corriendo en pos de la Procesión del Corpus y, por mucho que su estética y su acompañamiento musical nada tenía que ver con las procesiones de semana santa, él así lo quería ver. Y cada vez que entraba en Santa Nonia, en San Francisco, en San Marcelo o en San Martín, soñaba con que las efigies ya estaban en la puerta, montadas en sus tronos y prestas a salir a hombros de los hermanos. No importaba el calor. Ni siquiera quería saber que había llegado julio y una Madre leonesa paseaba a hombros de unas cuantas mujeres en la cercana localidad de la Virgen del Camino. Al mirarla, la veía con una tenue luz de primavera.

Cuando Angustias abría su museo veraniego, él entraba en la capilla. Procurada buscar un momento en el que nadie hubiera, y se sentaba en un banco en completa soledad. Miraba al Nazareno y sonreía. Y dirigía sus ojos a hurtadillas para ver a San Juan, a la Dolorosa, a la Soledad y a los Crucificados. Aunque todos permanecieran incólumes en sus pedestales, él los veía moverse por la calle, acercarse a un encuentro improbable en pleno verano, rodeado de monaguillos, de campanas al vuelo, y de tambores que retumbaban en su cabeza, como si ese fuera el único ritmo de su vida.

Sentía vívidamente estar en una capilla repleta de palmas cimbreantes que anuncian el inicio de la semana más efímera recibiendo a un Gran Poder que se acerca entre *Apóstoles* junto a su Madre vestida de granate. Y escuchó la *Marcha Real* aunque el único sonido real de ese momento fuera el canto de unos pardales perdidos en esa tarde de agosto.

No necesitó moverse del banco. Simplemente cerró los ojos para evocar uno de los momentos más silenciosos de la Semana Mayor. Vio a las hermanas de Angustias sacar hacia la calle a la Virgen de las Lágrimas; sintió sus respiraciones ansiosas, sus gestos serios, sus emociones contenidas. Y a lo lejos, meciéndose muy lentamente, atisbó un *Dainos* que se acercaba a la puerta a cumplir un nuevo encuentro con el pasado, con la historia de la ciudad y con esa Madre que siempre le espera en la capilla.

Al mirar hacia el coro, la oscuridad de la iglesia le hizo pensar que una noche plagada de estrellas acompañaba unos golpes de horquetas por las calles del Barrio Húmedo, mientras un Ecce Homo alfombrado de claveles rabiosamente encarnados obligaba a los hermanos a seguirle, empeñados como nunca en rasear y en que sus raseos se escucharan mucho más allá de los tambores y los vientos.

Es cierto. No era de noche. Ni siquiera Domingo de Ramos. Pero Carlos no necesitó que lo fuera. ¿Para qué?

Probablemente sean solo diez días. Y sin embargo, algunos acuden en septiembre a saborear un ramo leonés que unos pocos hermanos del Silencio, ataviados con capas campesinas, cantan a sus titulares. Otros llenan Santa Nonia y allí, entre el bullicio que se percibe por la toma de posesión de un nuevo abad, sienten como si la procesión fuera a salir de inmediato.

Y llega noviembre. Y todos, absolutamente todos, dejan unos días en su memoria para recordar, si quiera sea en un pequeña ceremonia aprendida de generación en generación, a muchos miles de hermanos que desde hace siglos, han marcado el camino por el que transitar en Semana Santa. Al asistir a misa de difuntos, Pablo recuerda un lunes santo plagado de túnicas negras que necesariamente hacen las calles mucho más largas de lo habitual por mucho que la distancia sea la misma. Y sueña con dos Piedades que escoltan al Nazareno, al Señor de León, como lo llama para sí cada día. Y, aunque se encuentre en un Jardín de San Francisco casi desnudo de hojas, él lo ve rebrotando con verde rabioso. Y se le antoja que vuelve a ser de noche y que, apostado en Cadórniga, oye una campana tocar a muerto. Y, mientras un crucificado redentor transita por la Plaza del Grano abrazado por los papones de la túnica negra y el capillo encarnado, otros hermanos también con túnica negra y largo capirote blanco llevan en sus brazos a un Cristo, Esperanza de la Vida, mientras un grupo de leonesas cantan, vela en mano, la adoración de todas las llagas del Maestro.

Pablo no quiso moverse del parque a pesar del clima. Se sentó en el banco más recóndito, alejado del bullicio de la calzada y cruzó los brazos como para querer espantar el frío. Al hacerlo, sonrió para sus

adentros y la imaginación le llevó hacia San Isidoro. Por allí transitaba una pequeña procesión en la que los Hermanos de Santa Marta iban rezando un rosario como queriendo que sus bisbiseos fueran quienes llevaran las pequeñas parihuelas en donde se enclavaban preciosas imágenes del pasado.

Podrá ser sólo una semana. Diez días, más o menos. Doscientas cuarenta horas nada más.

Sin embargo, Paula y Jesús, ven renovarse en los belenes, una nueva promesa, un nuevo compromiso, otra larga procesión a punto de arrancar. Recuerdan a su padre quien les enseñó que León es una ciudad de pasos, de tiempos detenidos, de largos paseos por la historia, de tradiciones aprendidas y sobre todo, de sentimientos hacia lo que es nuestro.

Al observar los romanos del Belén, evocan el Martes Santo, volviendo a sentir la emoción de ver liberado a un preso frente a la Catedral. Y recuerdan cómo tres Madres tristes se mecían esa tarde por las calles más céntricas. No necesitaron demasiado. Los pastores del nacimiento que estaban contemplando pronto se vistieron sus túnicas y comenzaron a soñar un Vía Crucis por el templo franciscano. Entonces, los villancicos no sonaban como otros sino que eran rezos cantados rescatados de lo más remoto de nuestra memoria. Y el musgo que rodeaba toda la escena, pronto se convirtió en el empedrado de las calles más castizas de esta ciudad y recordaron que el Miércoles Santo León debe permanecer en silencio. Al fin y al cabo, el resto del año ya hay bastante bullicio. Y aunque unos hermanos de negro y morado mezcán suavemente a la Virgen de la Paloma sobre sus hombros a ritmo de corneta y otras hermanas de morado y oro acerquen a un Cristo con un madero a cuestas a golpe de tambor, esa tarde y esa noche, la ciudad debe enmudecer: cumplir una sentida promesa de silencio.

Al mirar hacia una de las casas que el nacimiento mostraba en la lejanía, se vieron en Independencia, pegados a la muralla. Y allí, imbuidos por la noche cerrada, pensaron que da igual que sea el Medinaceli, el Cristo de la Expiración o el de los Balderas el que pase frente a sus miradas. Que no importa el color de las túnicas. Que solo hace falta

dejarse llevar por el silencio y, aunque muy en la lejanía se oiga poesía por el Barrio de Santa Marina -que esa noche parece querer alumbrarse únicamente con antorchas-todo, absolutamente todo, debe callar.

Desearon prolongar esa oración callada. Y con la mirada puesta en esa noche, se quejaron para sus adentros de que el tiempo, en esos momentos tan mágicos e irrepetibles, pase demasiado rápido, trasladándose con la imaginación a la Plaza del Grano y allí, ya de madrugada, soñaron con detener el tiempo para siempre.

La luz desaparece. Madrugada  
en León, ciudad dormida.  
El silencio es la voz de la partida  
de una capilla abierta y desgarrada.

Una Cruz languidece, amurallada.  
Un corazón que sueña con la herida  
de recordar a quien dejó en su huída  
un retazo de su alma enamorada.

Veo cientos de estrellas mendicantes  
que lloran por poder darte la mano  
y suplican, cercanas, por distantes.

Su óvalo de luz, se torna humano  
mientras los cielos quieren, anhelantes,  
parar el tiempo siempre aquí en “El Grano”.

Acaso sean diez días. Es probable.

Aunque Sara, Diego, Iván y otros muchos acudan, mes tras mes, año tras año, a los ensayos con sus bandas, reviviendo con emoción muchos momentos de las procesiones que acompañan con la nueva primavera. Recordando cómo se mece un trono al ritmo que marcan sus labios y sus manos. Y se trasladen a una mañana de Jueves Santo, cuando la ciudad parece no querer despertar de un sueño silencioso

y quedo. Y escuchan -a nada que se lo propongan-sermones de Bienaventuranzas y Pregones emocionantes acompañados por los cascos de unos caballos que se empeñan en llevar a la ciudad a un tiempo remoto, desconocido...

Querrán poder echar una *limosnita* en cualquiera de los templos de donde salen las procesiones de los días grandes. Y sabrán que es Semana Santa. Allá donde miren, verán túnicas, hermanos que corren de un lado para otro de la ciudad para llegar a sus puestos. Y soñarán que acompañan una Despedida, a María Santísima del Dulce Nombre con sus ojos verdes – como los capillos de sus hermanas-o a un Cristo de las Injurias que quiere convertir Santa Marina en un templo de nostalgia.

Al evocar cómo transita una grandiosa Cena rodeada de samaritanas que esparcen pétalos de rosa por las calles, querrán probar ese pan bendito que cada año llega a la ciudad la noche en la que León permanece en una vigilia expectante. Y no habrá ni un ensayo en que no piensen en todas estas imágenes de su memoria o acaso de sus sueños. Ni un solo segundo que no recuerden su primera procesión, la primera vez que alguien les dio una flor en sentido agradecimiento por haber acompañado con su música el paso cansado de los cortejos.

Solo será una semana de diez días.

Aunque muchos se empeñen en sacar a la calle *Hojas Volanderas*, *Revista 7*, *Rondas* u otras publicaciones, hechas sin medios, con esfuerzo y sobre todo, con mucho corazón. Y por mucho que otros preparen representaciones de la Pasión de Cristo, recitales poéticos y cantos que, necesariamente, irán acompañados por velas, por aromas de primavera, por incienso humeante y por silencios sepulcrales. Y cuando todos ellos sientan en ocasiones la incompreensión de algunos o el desprecio de otros, mirarán hacia otro lado pues poco les importa que algunos no entiendan su verdadera pasión. Y querrán que sea madrugada de Viernes Santo eternamente para que cuatro sombras lleven a los cuatro vientos el anuncio del día más grande del año.

Probablemente, cuando se encuentren unos frente al ordenador escribiendo o maquetando revistas, y otros ensayando las obras, los

coros y las recitaciones, verán cómo la ciudad ese Viernes nunca duerme del todo. Observarán cómo la madrugada se llena de papones vestidos de negro que invadirán la ciudad todo el día, de la mañana a la noche. Querrán que El Encuentro de detenga en la retina de todos y soñarán con las Siete Palabras (aunque de momento sean seis) y verán a la ciudad rendirse al paso de un Entierro solemne, aromado de tristezas y de silencios.

Es probable que cada vez que comiencen a preparar una nueva tarea, evoquen el Sábado de Soledad. Ese que antaño nos obligaba a acercarnos sólo al Barrio de El Ejido y que hoy nos lleva también a San Isidoro. Y allí, frente a la Puerta del Perdón, saborearemos un mágico Desenclavo que llega entre cantos, entre inciensos y entre anhelos para detener el tiempo. Y nos obliga a escondernos en San Martín o en Concepciones para observar, con emoción, cómo se acerca el fuego pascual que anuncia sin remedio, el final de una semana, acaso un poco más larga de lo habitual, aunque las sensaciones se empeñen en ir tan deprisa que nos parezca apenas un soplo rápido y silencioso, de los que apenas se atisban, de los que no se perciben.

Acaso sean diez días. Pero cuando el miércoles de ceniza la ciudad se torna un cartel permanente en el que Cristo, su Madre –que llora-y otras muchas estampas repetidas hasta la saciedad nos miren desde los escaparates, cuando el primer sábado de Cuaresma lleguen unas *Vísperas* de ensueño que llevan aire de horquetas, cuando Cristo nos espera en besapié y su Madre en besamanos, cuando muchas bandas se presentan en conciertos empeñados en renovar su repertorio para que los pasos vayan en volandas, cuando ya las Iglesias parecen invitarnos a traspasar sus puertas, cuando algunos escaparates se convierten en auténticos teatros pasionales, cuando se presentan nuevos tronos, nuevas imágenes talladas con el esfuerzo y la ilusión de todo un pueblo, cuando muchos se afanan en tener todo presto, limpio y preparado, cuando se sacan las túnicas del armario para que se aireen y se descosen sus tablas, cuando la ciudad ya huele a escabeches, a bacalao rojizo, a limonada; cuando muchos que están fuera vuelven precisamente en esos días a cumplir sus promesas secretas, entonces, sólo entonces, sa-

bremos que están a punto de llegar, precisamente, esos sólo diez días con los que sueñan muchos durante todo el año.

Justo en esos momentos será Semana Santa. Con ella llegará un ritual aprendido de generación en generación y los pulsos de muchos se acelerarán irremediabilmente. Habrá oración. Promesas. Muchos recuerdos y sobre todo, esa especial mirada a Cristo, a tu paso, a tus hermanos, al compromiso adquirido y de pronto, como si todo se convirtiera en el anhelo de todo un año, en el sueño de todo un pueblo, nuestra semana santa se despereza, y convierte la ciudad en un templo apabullante, en una catequesis permanente, en un sincero espíritu de hermandad y con los capillos abajo, todo, absolutamente todo, se convierte en pasión, en poesía...

Una plaza vacía  
que deprisa se ataja,  
una ilusión constante en un empeño,  
una fe desgastada.  
Muchas noches de insomnio,  
de vueltas en la cama.  
Una luna radiante que sonrío  
y se va con la escarcha.  
Una vida que quiere  
seguir en la distancia  
soñando cada paso en un instante:  
todo es Semana Santa.

Una madre que llora  
sin saber lo que pasa.  
Un corazón abierto, muchos sueños  
cargados de nostalgia.  
Un beso agradecido,  
una flor marchitada,  
muchas manos tendidas para siempre,  
el roce de las andas.

Y las promesas que nunca se desean:  
todo es Semana Santa.

Las estrellas que sienten  
que ellas ya no son nada  
y el tiempo que va yendo inexorable,  
pues no tiene parada,  
como la vida misma  
cuando la muerte llama.  
Y al levantar los ojos,  
un niño que se pierde en la distancia.  
El calor de un abrazo,  
el sabor de una taza  
cargada de humeantes ilusiones:  
todo es Semana Santa.

Una voz que susurra,  
otras muchas que cantan,  
cientos de manos negras y de cuero  
que se rozan amargas.  
Una corneta que abre  
una noche muy larga  
cuando las piedras, solas otros días,  
están acompañadas.  
Y en los sueños se escucha  
una voz desgarrada  
que va diciendo a gritos en la noche:  
¡Todo es Semana Santa!

Una capilla abierta,  
antaño abandonada  
y que ahora rebosa penitentes  
con el alma descalza.  
Un pedestal vacío,

el incienso que abrasa,  
una Virgen que se acerca doliente  
por la vieja muralla.  
Y un Cristo abandonado  
todo un año en su casa;  
mas una primavera lo convierte  
todo en Semana Santa.

Cuando llegue mi hora,  
y la vida se vaya  
acercadme una rosa que haya ido  
por las calles y plazas.  
Entonces, si la muerte tan vacía,  
no acabara en la nada,  
también la soledad fría y eterna  
será Semana Santa.

\*\*

León ha sido, es y será ciudad de Semana Santa. Así lo atestigua nuestra historia desde los orígenes del cristianismo. No debe olvidarse que León –que fue reino y cuna de la España moderna– fue uno de los baluartes por el que se propagó la doctrina de Cristo desde el siglo II de nuestra era. Ciertamente es que los romanos de entonces aprovecharon muchas de las costumbres paganas, adaptándolas a las nuevas ceremonias. No es casualidad, por tanto, que muchas de las fiestas religiosas coincidan hoy en día, con la llegada del equinoccio de invierno o el solsticio de verano, con la luna llena de tal o cual fecha o con la noche más corta del año por ejemplo. Para los romanos era mucho más fácil adaptar las costumbres de la época que negarlas y luchar contra ellas. Y, por supuesto, más efectivo. El reino de León, en suma, fue pronto uno de los bastiones de la nueva religión.

Entonces, justo es decirlo, no existían procesiones con la misma concepción que las actuales pero no es menos cierto que, al menos,

desde el siglo IV tal y como lo puso de manifiesto la monja berciana Egeria en su obra *Itinerario*, se celebraban en Tierra Santa procesiones de domingo de ramos, especiales vigiliás las noches de los jueves santos y vía crucis el día de Viernes Santo. Citada costumbre enseguida se importaría al resto del orbe cristiano.

Por eso, cuando un Domingo de Ramos por la tarde o un Martes Santo cualquiera, vemos frente a San Martín una mujer rezar en silencio, nos trasladamos a ese mismo lugar en el año 1313. Entonces, una anónima señora se asomó al paso del cortejo de disciplinantes una noche de Viernes Santo. Y en ese sitio, tras entregar un ramo de flores a la Soledad, comenzó a elevar una oración hacia los cielos. Esa desconocida era la reina Constanza quien oraba por el alma de su escudero que había muerto la tarde de jueves santo por defender a su hijo, el futuro rey, Alfonso XI. Desde entonces, esa calle tomó el nombre de Plegaria y así se sigue llamando en recuerdo de ese suceso. Durante algunos años ese recoleto rincón acogió el Encuentro de la Procesión de los Pasos. Y ahora, algunos de los momentos más bellos de la Semana: allí se perciben cantos sacros al paso de la Redención o del Perdón y más de una oración callada. Quizá, sin saberlo, siga saliendo Constanza cada primavera.

Al transitar por los momentos más solemnes de nuestra celebración, se asoman a cada paso, cientos de años de oraciones y de silencios. Nos sucede, por ejemplo, al contemplar el acto del Desenclavo y saber que ya en el año 1450 se escenificaba, llevado a cabo probablemente por una antigua Cofradía de la Vera Cruz. O al estar frente a la Catedral en muchos de los cortejos que transitan frente a ella y pensar que en el año 1521 los canónigos partidarios del sistema comunero y los defensores del rey se enfrentaron tras los oficios de Jueves Santo, chocando en la huída los primeros con la Cruz de Guía de otra procesión de disciplinantes a cuyo portador dejaron maltrecho.

Ocurre cada vez que nos acercamos a la puerta del Convento de las Franciscanas Descalzas y recordamos el suceso acaecido también otra noche de jueves santo de 1631 y ante el templo de la luz. Allí, a la vista de todos, se produjo el milagro del cordón por el que el Naza-

reno con la Cruz a cuestras prendió con su sogá a una niña, quien años más tarde sería abadesa del Cenobio de las queridas Clarisas, Sor Juana María de San Agustín.

Cada vez que las mañanas de los Domingos de Ramos o las noches de los Viernes Santos vemos al Ayuntamiento en pleno acompañar las procesiones, recordamos que al menos desde el siglo XVI, lo viene haciendo existiendo testimonio escrito de tal costumbre en el tratado de Políticas Ceremonias de la Ciudad de León que en el año 1693 recogiera D. Francisco Cabeza de Vaca y Quiñones, Marqués de Fuenteoyuelo.

León es, en suma, por historia, por tradición y por corazón una ciudad de semana santa.

Pero León es un pueblo silencioso. Es una ciudad herida a la que vilipendian desde muchos frentes y sin embargo calla. Acaso por eso, la banda sonora más peculiar de nuestra Semana Mayor es la ausencia de sonido, antaño abundante y hoy más difícil de saborear. Un silencio solo roto por los golpes en las andas, por una campanilla sola que va anunciando el paso de una Virgen llorosa, por salves entonadas con adoración, muchos cantos rescatados de nuestra memoria, y con raseos, y golpes de horquetas en el empedrado leonés. Con carracas. Y por matracas que anuncian el final de un Oficio de Tinieblas o por unas voces blancas que desde los conventos saludan a Dios. Y muchos bisbiseos que para adentro marcan el tiempo de un caminar acompasado y lento, como si no quisiera llegar nunca a su destino.

Aunque es justo reconocer que León –hoy día-también es oración musical. Hay muchos hermanos que dejan sus manos y sus labios en intentar mover los cada vez más espectaculares tronos. Y hay sonidos celestiales de cornetas, de timbales destemplados y de bandas que, con esfuerzo e ilusión trabajan todo un año para una semana –aunque sea de diez días-. Y hay padres que acercan a sus hijos de la mano a tocar su tambor como lo hacen otros muchos que llevan a los suyos a seguir el paso de sus antepasados. Y madres que desde las aceras, corren en pos de las bandas, graban hasta la saciedad el paso de unas marchas cada vez más complejas, cada vez más trabajadas y, en cualquier caso,

tocadas con el corazón, con el alma puesta en el empeño y dejando mucho de sí en cada procesión.

Hagamos que la combinación de silencios y sonidos sean baluarte de nuestra ciudad y no dejemos que nos hurten lo nuestro. O, cuando menos, no lo hagamos calladamente. Que la voz de León suene como lo hace la Plaza Mayor las mañanas de los Viernes Santos en esos segundos que trascurren desde que San Juan se levanta tras saludar a la Madre Dolorosa. Entonces, la ciudad emocionada ruge y su voz se escucha por encima del tiempo y del espacio. Así debería sonar siempre...

Es probable, por tanto, que sea solo una semana. De diez días, sí. Pero demasiado corta para muchos aunque lleven cada día de su existencia la semana santa dentro de su corazón.

Por eso, cuando el Domingo de Resurrección nos acerquemos frente a la Catedral a comprobar que Cristo ha vuelto a resucitar, cuando los hermanos del Ejido dirijan sus palabras a la Soledad mientras tornan el luto alegría, algunos comenzarán a vivir de sus recuerdos y soñarán con volver a empezar, pues la Semana Santa es efímera, como una nube de incienso que se eleva al infinito, como el sonido de una marcha que se escucha desde la lejanía, como un raseo lento, como el golpe de una horqueta en nuestras calles, como una lágrima que se pierde en la mejilla y como la flor que nos entregan al final de cada procesión y que sólo permanece indeleble en lo más recóndito de nuestro corazón, en las nubes lejanas de nuestra memoria...

Apenas serán diez días,  
una mágica semana,  
que empieza con esa Madre,  
que se acerca hacia la plaza  
envuelta en ceras, en salves,  
y en volteo de campanas  
que gritan “Paso a la Reina”  
con su voz arrebatada.

Más tarde un Cristo de bronce,  
el Señor de la Esperanza,  
recibirá, despertando,  
las voces isidorianas.  
Y entre tricornos azules  
y cornetas plateadas,  
las dos Madres que lo siguen,  
se han tornado sevillanas  
y quieren salir despacio  
a esconderse en Carbajalas  
para rezar unas vísperas  
de redención y de gracia.  
Ya por la noche querrán  
escuchar la *Madrugada*  
que en San Claudio unos violines  
hacen Bienaventuranza.

León se despierta de estreno  
el domingo de las palmas,  
recibiendo al Gran Poder  
y a su Madre soberana,  
soñando que por la tarde  
habrá horquetas golpeadas,  
habrá sueños silenciosos,  
habrá estrellas enlutadas  
cuando una Madre se encuentre  
con un Dainos que se calla  
al pasar por Santa Nonia.

Y en el Húmedo, escondida,  
está la Divina Gracia  
que esa tarde no ha querido  
esperar a su Hijo en casa  
y se ha vestido de negro,  
de viuda, a la vieja usanza.

¡Ay León enlútate  
que ya llega la Semana!

Si por la tarde del lunes  
alguien llegara a la plaza,  
sentirá tocar a muerto,  
podrá adorar unas llagas;  
rosarios blancos y rojos  
llegarán con voz callada,  
mientras largas filas negras  
llenan la ciudad de marchas.

El martes será Perdón  
por donde quiera que vayas,  
y una procesión de sueños  
se torna penitenciaria  
cuando a un reo lo perdonan  
tres Madres desconsoladas  
que por Teatro se mecen,  
con sus coronas de lágrimas.  
En San Francisco el Silencio  
deja retazos de su alma  
cuando canta un Vía Crucis  
con cadencia franciscana.

¡Ay León enlútate  
que ya llega la Semana!

¡Silencio! Ha llegado el miércoles  
que se anuncia entre matracas  
aromado de Palomas,  
de Agonías que rescatan  
una ciudad que enmudece,  
una ciudad que se calla  
cuando un Gregorio Fernandez  
anuncia la madrugada.

Y las velas que lo siguen  
tornan las piedras amargas  
mientras un solo poeta  
sus emociones declama  
por el Barrio de las Torres,  
que se esconde entre murallas.

En el Jueves luce un sol  
que se anuncia en la mañana,  
y trae pregones en verso,  
voces bienaventuradas,  
mucho sonrisa sincera  
que se acerca hacia la Saca  
a dejar una limosna,  
a probar la limonada,  
a escuchar golpes de horqueta  
que entre pasos dan las gracias.

¡Corre, Madre, que no llego  
a colocarme en las andas  
de la Reina de ojos verdes,  
camino de su esperanza!

Y quiero llegar también  
a una despedida amarga,  
que se mece entre hombros negros  
con plata en las bocamangas.

¿Ya está la Cena esperando?  
¿Ya ha llegado Santa Marta  
a convertir la ciudad  
en la cena más deseada?  
Efectivamente, sí.  
El incienso lo proclama.

Santa Marina se acuesta  
estremecida en carracas,  
que desgranan las tinieblas  
para ser desagaviadas.

¡Ay León enlútate,  
que ya está aquí la Semana!

Cuando la noche se pierde  
y se torna madrugada,  
cuando la luna se viste  
una túnica morada,  
cuando nadie duerme ya  
por esperar la llamada,  
cuatro sombras, muy despacio,  
van despertando las almas  
que saldrán en procesión,  
para acercar a la Plaza  
trece pasos de poesía,  
trece retazos de calma,  
cientos, miles de emociones,  
y alguna promesa dada  
que se cumple en un Encuentro  
esa mañana en el ágora.

Nadie podrá descansar  
sin oír las Siete Palabras  
que el Señor de los Balderas  
entre murmullos proclama.

Y cuando muera en la Cruz,  
cuando ya no quede nada,  
la ciudad se va de Entierro,  
viste sus mejores galas  
y lleva sobre sus hombros  
una Madre abandonada.

Por eso al día siguiente,  
a la Virgen solitaria  
se acompaña hasta El Ejido,  
enjugándola sus lágrimas,  
mientras otros, en silencio,  
a su Hijo desenclavan,  
prometiendo cantos quedos,  
en la puerta Isidoriana.

Ya de noche hacia el infierno  
baja un Cristo de Esperanza  
que lleva el fuego en sus ojos  
y en sus pupilas el agua,  
para entregar a unas madres  
que le esperan en su plaza.

¡Ay León, enlútate  
que se acaba la Semana!

Es domingo y por el barrio  
vienen tocando unas gaitas  
anunciando la noticia,  
trayendo albricias de pascua.

Y se acercan a la Madre  
susurrándole en la cara:

*Ayer te vi por las calles  
sola, triste y apenada,  
llenándolas de silencios  
de tristeza albimorada,  
de corazones heridos,  
de emociones desgarradas  
con rosarios y saetas,*

*con túnicas enlutadas  
y cruces enloquecidas  
que por tu Hijo lloraban.*

*Pero vuelve a ser domingo,  
otra primavera santa,  
y vengo a cumplir alegre  
una promesa heredada  
de otros hermanos que antes  
fueron quienes coronaban  
tu cabeza, Madre mía,  
quienes te desenlutaban,  
quienes llorando emociones  
hacia el cielo te elevaban.*

*Madre, deja que te vista  
con manto de pura escarcha,  
recogida en nuestro Barrio  
esta misma madrugada*

*¡Soledad, ya no estés triste!  
¡Toda la ciudad te canta!*

*¿No has visto el paso de gloria  
en la esquina de esta plaza?*

*¿Es que no has visto a tu Hijo?  
¿Ves el ángel que le guarda?*

*¿Ves a Cristo ya despierto  
abandonando la nada?*

*¡Pues, Señora, acércate!  
Redoblarán las campanas,  
retumbarán los tambores,  
soñará el azul con gaitas,  
volarán unas palomas,  
anunciando embelesadas  
que Dios reina en esta Plaza  
todas las semanas santas.*

Un niño sale corriendo  
muy deprisa por la Ancha.  
Lleva un capillo en sus manos,  
humedad en su mirada,  
un rictus entristecido,  
y nos dice cuando pasa:

¡Ay León, enlútate  
que ya acabó la Semana!

He dicho.

## ***Pregoneros de la Semana Santa Leonesa***

---

- 1970 – Luis Alonso Luengo.
- 1971 – Antonio Briva Miravent.
- 1972 – Ciriaco Pérez Bustamante.
- 1973 – Luis María de Larrea y Legarreta.
- 1974 – Ángel González Álvarez.
- 1975 – Millán Bravo Lozano.
- 1976 – José Anta Jares.
- 1977 – José María Suárez González.
- 1978 – Fernando Salgado Gómez.
- 1979 – Antonio Viñayo González.
- 1980 – Alfonso Prieto Prieto.
- 1981 – Fernando Sebastián Aguilar.
- 1982 – Manuel Núñez Pérez.
- 1983 – Juan Morano Masa.
- 1984 – Juan Carlos Villacorta Luis.
- 1985 – Lorenzo López Sancho.
- 1986 – Fernando Onega.
- 1987 – Eduardo T. Gil del Muro.
- 1988 – Gregorio Peces Barba.
- 1989 – Jesús Torbado.
- 1990 – Jesús María Javier Ortás.
- 1991 – Antonio Viñayo González.
- 1992 – Arsenio Lope Huerta.

- 1993 – Luis Pastrana Giménez.  
1994 – Victoriano Crémer Alonso.  
1995 – Antonio Vilaplana Molina.  
1996 – José Magín González Gullón.  
1997 – Luis del Olmo Marote.  
1998 – Fernando Llamazares Rodríguez.  
1999 – Antonio Trobajo Díaz.  
2000 – Antonio Vilaplana Molina.  
2001 – Francisco Javier Martínez Fernández.  
2002 – Javier Caballero Chica.  
2003 – Domingo Montero Carrión.  
2004 – Inés Prada Martínez.  
2005 – Felipe Fernández Ramos.  
2006 – Nicolás Miñambres.  
2007 – Bernardo Velado Graña.  
2008 – Máximo Cayón Diéguez.  
2009 – José-Román Flecha Andrés.